

E.T.A. HOFFMANN

PUNTOS DE VISTA Y CONSIDERACIONES DEL

GATO MURR

SOBRE LA VIDA EN SUS DIVERSOS ASPECTOS Y

BIOGRAFÍA FRAGMENTARIA

DEL MAESTRO DE CAPILLA JOHANNES KREISLER EN HOJAS
DE BORRADOR CASUALMENTE INCLUIDAS



TRADUCCIÓN DE EUSTAQUIO BARRIAU Y MARISA SIGUAN
EPÍLOGO DE MARISA SIGUAN

Lo fantástico no sobreviene para Ernst Theodor Amadeus Hoffmann (1776-1822) exclusivamente a partir del mundo del sueño o del cuento, de la alegoría o de lo literario. Lo fantástico está presente en la realidad cotidiana, forma parte de ella como posibilidad amenazadora, como puerta abierta a todas las eventualidades, como sufrimiento de todo tipo, como exponente de las pasiones más intensas y ocultas del ser humano. La dualidad de los personajes de Hoffmann es constante, de la misma forma que el propio Hoffmann vive una existencia dual: como magistrado y como poeta-músico, como caminante entre la utopía y el mundo de la burguesía restauradora, el mundo que los románticos bautizaron como mundo de «filisteos». Es fácil ver al propio Hoffmann como personaje de espectacular doble vida en el Berlín ordenado y majestuoso en el que, a partir de 1819, escribe sus *Consideraciones del Gato Murr sobre la vida*. Hoffmann llega a Berlín el año 1814, y su misma llegada está ya marcada por la ambivalencia. Por un lado, le llena de alegría llegar a la capital. Por otro, el regreso a Berlín supone la vuelta al trabajo como magistrado, el fracaso de sus tentativas de ganarse la vida como músico. Sus estudios de derecho, su carrera en el ámbito de la administración de justicia le habían supuesto desde siempre más bien un problema, un ganapán necesario, pero que le apartaba de sus intereses reales, artísticos, musicales. La obra de Hoffmann, inquietante transcripción poética de una actividad fantástica y alucinadora, alcanzó una resonancia inmensa. Para escritores como Baudelaire o Balzac aquélla encarnó el verdadero espíritu romántico alemán. También los cuentos de Poe y las primeras obras de Dostoievski son un testimonio de su influjo.

Primer volumen

Prólogo del editor

Ningún libro necesita tanto de un prólogo como el presente, porque, si no se explica de qué extraño modo ha sido compuesto, podría parecer un caos, el resultado de haber echado unos dados al azar.

Por ello el editor pide al lector bien dispuesto que lea de verdad este prólogo.

El citado editor tiene un amigo a quien conoce tan bien como a sí mismo, los dos son uña y carne. Un buen día este amigo le dijo más o menos esto: «Como tú, mi buen amigo, has hecho imprimir ya unos cuantos libros y entiendes de editores, te resultará fácil encontrar a alguno de estos buenos señores que, siguiendo tu recomendación, mande imprimir algo que ha escrito un joven autor dotado de un brillantísimo talento, de las más espléndidas dotes. Hazte cargo de este hombre, se lo merece».

El editor prometió hacer todo lo que pudiera por el colega escritor. Ciertamente le resultó algo extraño que su amigo le confesase que el manuscrito provenía de un gato, llamarlo Murr, y que contenía las opiniones que éste tenía sobre la vida; sin embargo ya había dado su palabra, y como el inicio de la historia le pareció escrito con un estilo bastante bueno, con el manuscrito en el bolsillo corrió enseguida a ver al señor Dümmler, que vivía en la avenida Unter den Linden, y le propuso la edición del libro del gato.

El señor Dümmler opinó que hasta el momento no había tenido a ningún gato entre sus autores y dijo que no sabía que ninguno de sus estimados colegas hubiese tenido tratos con un hombre de esta naturaleza, pero que sin embargo iba a hacer la prueba.

Empezó la impresión, y el editor vio las primeras pruebas. ¡Menudo susto el que se llevó cuando vio que la historia de Murr se interrumpe de vez en cuando y aparecen entonces fragmentos que no son de esta historia, que pertenecen a otro libro, a un libro que contenía la biografía del maestro de capilla Johannes Kreisler!

Después de cuidadosas y exhaustivas investigaciones, al final el editor averiguó lo siguiente. Cuando el gato Murr escribió sus opiniones sobre la vida, sin andarse con rodeos hizo pedazos un libro impreso que encontró en casa de su amo y utilizó las hojas, o bien como papel para escribir, o bien como papel secante. Estas hojas quedaron en el manuscrito y, por equivocación, fueron impresas como si formasen parte de él.

El editor tiene que confesar ahora, con humildad y tristeza, que la mezcla caótica de materiales diferentes ha sido causada sólo por su ligereza, ya que, antes de mandarlo a la imprenta, debería haber leído con todo detalle el manuscrito del gato; sin embargo todavía puede encontrar algún consuelo.

En primer lugar, el lector bien dispuesto se orientará fácilmente si tiene a bien hacer caso de las indicaciones «(Hojas de maculatura) (sigue Murr)»; por otra parte, el libro destrozado probablemente no ha llegado a introducirse nunca en el mercado editorial, porque nadie sabe lo más mínimo sobre él. De modo que por lo menos a los amigos del maestro de capilla les resultará agradable que, gracias al vandalismo literario del gato, tengan algunas noticias sobre las muy extrañas circunstancias de la vida de aquel hombre, no exento a su manera de rarezas.

El editor espera que se tenga la benevolencia de perdonarle.

Finalmente también es cierto que a menudo los autores deben sus más atrevidos pensamientos, los giros más insólitos, a sus buenos tipógrafos, que, por medio de lo que se ha dado en llamar erratas de imprenta, contribuyen a la elevación de las ideas. Así por ejemplo, el editor, en la segunda parte de sus *Piezas nocturnas*, en la página 326, hablaba de los amplios *bosketts* que había en un jardín. Esto al tipógrafo no le pareció suficientemente genial y cambió la palabra *bosketts* por la palabra *kasketts*. De esta manera en el relato *La señorita de Scudery*, el tipógrafo, de un modo astuto, hace que esta señorita, en vez de ir con un vestido de color negro, vaya con un color negro de pesada seda, etc.

¡Pero a cada cual lo suyo! Ni el gato Murr ni el desconocido biógrafo del maestro de capilla han de adornarse con plumas ajenas, y por tanto el editor pide encarecidamente al lector bien dispuesto que, antes de leer esta obrita, tenga en cuenta los siguientes cambios, de este modo no tendrá de estos dos autores una opinión ni mejor ni peor de la que ellos merecen. Por cierto que solamente se anotan las erratas principales, las más pequeñas se dejan a la discreción del benevolente lector.

(...)^[1]

Finalmente, el editor puede certificar que ha conocido personalmente al gato Murr y que ha encontrado en él a un hombre de costumbres agradables y suaves. En la portada de este libro está reproducido con un parecido asombroso.

Berlín, noviembre de 1819

E. T. A. Hoffmann

Prólogo del autor

Tímidamente, con el pecho tembloroso, entrego al mundo algunas hojas que hablan de la vida, del sufrimiento, de la esperanza, del anhelo, y que, en dulces horas de ocio y de entusiasmo poético, brotaron de mi más íntimo ser.

¿Podré resistir el severo juicio de la crítica?, ¿lo conseguiré? Pero sois vosotras, almas sensibles, espíritus infantiles y puros, los que tenéis corazones fieles emparentados con el mío; sí, vosotras, para vosotras escribí yo, y una sola hermosa lágrima de vuestros ojos me consolará, curará la herida que me abrió la fría censura de autores de reseñas.

Berlín, mayo de (18 -)

Murr

(Étudiant en belles lettres)

Prólogo

(reprimido por el autor)

Con la seguridad y la tranquilidad innatas en el verdadero genio, entrego al mundo mi biografía, para que aprenda cómo se forma uno para llegar a ser un gran gato, para que reconozca en todo su alcance las excelencias de mi ser, para que me ame, me aprecie, me honre, me admire y me adore un poco.

Si alguien fuera tan osado como para manifestar algunas dudas sobre el sólido valor de este libro extraordinario, que tenga en cuenta que se las habrá de ver con un gato que posee ingenio y razón, y también afiladas garras.

Berlín, mayo (18 -)

Murr

(Homme de lettres très renommé)

P. S. ¡Esto es demasiado! Se ha imprimido también el prólogo del autor que tenía que ser censurado. No me queda más que rogar al benevolente lector que no le tenga demasiado en cuenta al gato escritor el tono algo orgulloso de este prólogo y que considere que si algunos prólogos melancólicos de otros autores sensibles se tradujeran al verda-

dero lenguaje de lo que se piensa en la intimidad, el resultado no sería muy distinto.

El ed.

Primera sección

Sentimientos de la existencia. Los meses de la juventud

¡Hay algo hermoso, magnífico, sublime en la vida! «¡Oh tú, dulce costumbre de la existencia!»,^[2] exclamó aquel héroe de los Países Bajos en la tragedia. Esto mismo hago yo, pero no como aquel héroe, en el doloroso trance en el que tiene que abandonar esta existencia —¡no!—, en el instante en que me siento penetrado por el placer total que me produce el pensar que ahora he entrado del todo en aquella dulce costumbre y que en modo alguno estoy dispuesto a salir nunca de ella. Al decir esto me refiero a que la fuerza espiritual, el poder desconocido, o como quiera llamársele a aquel principio que reina sobre nosotros, que, sin contar con mi anuencia, me ha impuesto hasta cierto punto la citada costumbre, no puede en modo alguno tener peor talante que el que tiene el amable hombre en compañía del cual he ido a parar y que nunca me quita de delante de las narices, cuando más me está gustando, el plato de pescado que me ha servido.

¡Oh Naturaleza, sagrada, augusta Naturaleza!, ¡cómo toda tu delicia, todo tu arrobamiento inundan mi agitado pecho!, ¡cómo me envuelve el susurro misterioso de tu aliento! La noche está algo fresca y yo quería... pero nadie que lea esto, o que no lo lea, puede comprender el grado al que ha llegado mi entusiasmo, pues no conoce las alturas a

las que me he elevado. A las que he trepado, habría que decir más bien; pero ningún poeta habla de sus pies, aun en el caso de que tenga cuatro, como yo, sino de sus alas, aunque no le hayan crecido sino que sean sólo el artilugio de un mecánico hábil. Sobre mi cabeza se arquea la amplia bóveda del cielo estrellado; la luna llena lanza el resplandor de sus rayos en torno a mí; en el fuego de su resplandor plateado se levantan tejados y torres. En las calles, debajo de mí se va extinguendo el ruido de la multitud; la noche es cada vez más silenciosa; pasan las nubes; una paloma solitaria aletea en torno a la torre de la iglesia arrullando en medrosas quejas de amor. ¡Ah!, ¿y si mi querida pequeña quisiera acercárseme? Siento cómo en mí se agita algo de un modo extraño; un cierto apetito sentimental me arrastra hacia allí con fuerza irresistible. ¡Oh si ella, la dulce Gracia, viniera a mi corazón, enfermo de amor! la estrecharía contra mi pecho, no la dejaría marcharse nunca de mi lado; ay, agita las alas y se mete en el palomar —¡falsa!— y me deja en el tejado sin esperanzas. ¡Qué escasa es en estos tiempos de miseria, en estos tiempos sin corazón y sin amor la verdadera simpatía de las almas!

¿El andar erguido sobre dos pies es algo tan grande que la especie que se llama a sí misma humana pueda pensarse que tiene dominio sobre todos nosotros, que, con un equilibrio más seguro, andamos a cuatro patas? Pero ya sé: se piensa que esto que, dicen, está en su cabeza y que ellos llaman la razón es algo grande. No soy capaz de imaginarme bien qué es lo que ellos entienden con esta palabra, pero de algo sí que no tengo duda: sí, por lo que puedo deducir de determinados discursos de mi amo y protector, la razón no es otra cosa que la capacidad de actuar de un modo consciente y de no hacer tonterías, yo no me cambio por ningún ser humano. Una cosa creo, y es que la conciencia es sólo algo a lo que uno se acostumbra; en cambio, llegamos a la vida y pasamos por ella sin que nosotros mismos sepamos cómo. Por lo menos esto es lo que

me ha ocurrido a mí, y, por lo que estoy viendo, en esta tierra no hay ni un solo hombre que sepa por propia experiencia el cómo y el cuándo de su nacimiento, como no sea únicamente por tradición, la cual además muchas veces es algo harto inseguro. Hay ciudades que se pelean por ser la cuna de un hombre famoso, y ocurre que, del mismo modo como yo mismo no sé nada cierto sobre esta cuestión, seguiré sin saberse si fue en el sótano, en la buhardilla o bien en el establo donde yo vi por primera vez la luz del mundo, o mejor dicho no la vi, sino que, en el mundo, fui visto por primera vez por mi querida mamá. Porque, como ocurre con nuestra especie, mis ojos estaban cubiertos por unos velos. Recuerdo muy vagamente unos sonidos, unos gruñidos y unos bufidos que se oían alrededor de mí y que son los que, casi contra mi voluntad, produzco cuando me domina la cólera. Con más claridad, y casi de un modo plenamente consciente, me veo encerrado en un estrecho recipiente, entre paredes blandas, sin poder apenas respirar y lanzando quejumbrosos gemidos en mi penuria y mi miedo. Noté que algo bajaba por el recipiente y me cogía por la barriga sin ningún miramiento, y esto me dio la ocasión de sentir y ejercitar la primera fuerza, una fuerza maravillosa, con la que me había dotado la Naturaleza. De mis patas delanteras, cubiertas abundantemente de pelo, saqué rápidamente unas garras puntiagudas, hábiles, y las hundí en la cosa que me había cogido y que, como más tarde aprendí, sólo podía ser una mano humana. Pero esta mano me sacó del recipiente, me echó al suelo e inmediatamente después sentí dos fuertes golpes en los dos lados de la cara, donde ahora puedo decir que sale una magnífica barba. Esta mano, tal como puedo enjuiciarlo yo ahora, herida por aquel juego de músculos de mis patas, me propinó unas cuantas bofetadas y yo hice la primera experiencia de la relación moral que existe entre causa y efecto, y fue precisamente un instinto moral lo que me impulsó a volver a meter las garras con la misma rapidez con la que las había sacado.

Más tarde la gente, con razón, ha reconocido que ese meter las garras es un acto de la más grande bondad y amabilidad y lo ha designado con la expresión «tener patas de terciopelo».

Como he dicho, la mano me lanzó al suelo otra vez. Inmediatamente después me volvió a coger por la cabeza y la empujó hacia abajo, de tal modo que con mi pequeño hocico me encontré con un líquido, que, yo mismo no sé cómo fue esto —debió de ser un instinto físico—, empecé a lamer, lo que produjo en mi interior una extraña complacencia. Era, ahora lo sé, leche dulce lo que yo había saboreado con tanto agrado; tenía hambre y bebiendo se me calmó. De este modo, después de la educación moral vino la física.

De nuevo, pero de un modo más suave que antes, dos manos me cogieron y me pusieron en un lecho blando y calentito. Me iba sintiendo cada vez mejor, y empecé a exteriorizar el bienestar que sentía dentro de mí profiriendo aquellos extraños sonidos que son sólo propios de mi especie y que los hombres, con una expresión no desacertada, llaman ronronear. Así, a pasos de gigante, iba avanzando yo en mi educación para el mundo. ¡Qué privilegio!, ¡qué precioso regalo del cielo poder expresar por medio de sonidos y de gestos el bienestar físico que yo sentía en mi interior! Empecé gruñendo, luego me vino aquel inimitable talento para mover la cola, en los más delicados círculos, como si fuera una serpiente; luego el maravilloso don de, con una única palabra, «miau», expresar en todos sus múltiples grados la alegría, el dolor, la delicia y el arrobamiento, el miedo y la desesperación, en fin, todos los sentimientos y pasiones. ¿Qué es la lengua de los hombres en comparación con este medio, el más sencillo de todos, de hacerse entender? Pero sigamos con esta historia, memorable y llena de enseñanzas, de mi juventud, una juventud rica en acontecimientos.

Me desperté de un profundo sueño; como un mar, me envolvía un brillo cegador, ante el que me asusté; se me habían quitado los velos de mis ojos, ¡veía!

Antes de que pudiera acostumbrarme a la luz, pero sobre todo a la pluralidad y diversidad de manchas de colores que se ofrecía a mis ojos, tuve que estornudar varias veces; unos tremendos estornudos, uno detrás de otro; pero pronto pude ver la mar de bien, como si llevara tiempo viendo ya... ¡Oh, la vista!; es una costumbre maravillosa, espléndida, una costumbre sin la cual se hubiera hecho muy duro estar en el mundo. Felices aquellos seres que tienen el don de aprender a ver tan fácilmente como yo.

No puedo negar que me asusté un poco y lancé el mismo grito de miedo que lancé cuando estuve en aquel angosto recipiente. Inmediatamente apareció un viejo pequeño y enjuto al que no olvidaré nunca, porque, a pesar de la mucha gente que he conocido después, jamás he vuelto a ver una figura a la que yo pueda llamar igual o siquiera parecida. Ocurre con frecuencia en nuestra especie que este o aquel hombre tengan un pelaje de manchas blancas y negras, pero es muy raro encontrar a una persona que tenga el pelo blanco como la nieve y al mismo tiempo unas cejas negras como las alas de un cuervo; pues éste era el caso de mi educador. En casa el hombre llevaba un camisón de dormir, no muy largo, de color amarillo vivo que me aterrorizó y que hizo que, en la medida en que podía andar, en mi torpeza de aquellos momentos, bajara del blando cojín y me echara a un lado. El hombre se inclinó hacia mí con un ademán que me pareció amable y me infundió confianza. Me cogió con las dos manos; yo me guardé muy bien de hacer aquel juego de músculos de las garras; las ideas de araño y golpes se asociaban por sí solas, y la verdad es que el hombre llevaba buenas intenciones, pues me puso en el suelo ante una escudilla de leche dulce, que yo empecé a beber ávidamente a lametones, de lo cual él parecía alegrarse no poco. Me decía muchas cosas, que yo sin em-